

Freud fue para sí mismo su propio Copérnico, pero también su Ptolomeo, afirma Jean Laplanche. Si, siguiendo a Copérnico, hacemos girar al observador y dejamos las estrellas en reposo, otro tanto ocurrirá con el sujeto empírico: será llevado hacia todos lados en el movimiento del Universo. Por el contrario, el sujeto trascendental permanecerá fiel a Ptolomeo: por él se regulan los movimientos de los cuerpos celestes, meros «objetos en general». Posicionar el inconciente respecto de sus objetos o posicionar los objetos respecto del inconciente: esto define a los movimientos copernicanos y ptolomeicos que el psicoanálisis describió desde su fundación.

Siguiendo la perspectiva adoptada desde sus primeros textos, Laplanche se propone mostrar que, «haciendo trabajar» a Freud, es posible fijar los alcances y límites de la revolución copernicana en psicoanálisis. Se trata de recuperar el doble descentramiento que ella inaugura: la otra cosa que es el inconciente no se sostiene, en su alteridad radical, sino por la otra persona, o sea, por la implantación que el otro humano hace de su propia sexualidad reprimida, por la seducción que ejerce en la cría que se ofrece a sus cuidados. Pero esto no significa que el inconciente sea simplemente el otro implantado en mí. Porque entre la intervención primera del otro y la creación de la otra cosa en mí, se intercala un proceso llamado represión, muy complejo, que implica al menos dos tiempos que reaccionan el uno sobre el otro y producen una verdadera dislocación-reconfiguración de los elementos (explícitos e implícitos-enigmáticos) de lo vivido. Es un metabolismo inherente a la implantación del inconciente, que no puede ser concebido sin un proceso traductivo. «Proponemos otorgar todo su lugar, en metapsicología, a procesos irreductibles a un autocentrismo; aquellos cuyo *sujeto* es simplemente el otro. No el

(Continúa en la segunda solapa.)

(Viene de la primera solapa.)

Otro metafísico, o yo no sé qué "pequeño otro". El otro de la seducción originaria, en primera instancia el otro adulto. En el centro de este proceso, el de la *implantación*. Designo así el hecho de que los significantes aportados por el adulto se encuentran fijados, como en superficie, en la dermis psicofisiológica de un sujeto en el cual una instancia inconciente no está aún diferenciada. Es sobre estos significantes recibidos pasivamente donde se operan las primeras tentativas de traducción, cuyos restos son lo reprimido originario (objetos-fuente)».

¿Cómo concebir entonces la clínica si no es como un proceso constante de detraducción-retraducción de los mensajes del otro enigmático en razón de que este emisor, atravesado por su propio inconciente, ignora la mayor parte de lo que pretende decir, y en la medida en que el niño posee sólo medios inadecuados e imperfectos para dar forma a lo que le es comunicado o teorizarlo? A estas traducciones metabólicas del enigma, el análisis abre el camino de las detraducciones que inauguran nuevos sentidos. La palabra, en la trasferencia, no sólo es reveladora del inconciente, sino también, y simultáneamente, portadora de nuevo sentido. De allí que la cura no sea en lo esencial traducción de guiones presentes a un guión pasado, sino descomposición de secuencias significantes presentes o pasadas en elementos, de modo de permitir al analizado proceder espontáneamente a una síntesis o traducción nueva, menos parcial, menos represiva, menos sintomática.

Índice general

- 9 1. La revolución copernicana inacabada
- 45 2. El muro y la arcada
- 65 3. Temporalidad y traducción. Para un retrabajo de la filosofía del tiempo
- 85 4. Debate a propósito de «Temporalidad y traducción»
- 103 5. Implantación, intromisión
- 107 6. El tiempo y el otro
- 135 7. La interpretación entre determinismo y hermenéutica. Un nuevo planteo de la cuestión
- 167 8. De la transferencia: su provocación por el analista
- 189 9. Masoquismo y teoría de la seducción generalizada